

Sociológica, año 19, número 57, pp. 307-327
Enero-abril de 2005

La sociedad global del riesgo

*Una conversación entre
Ulrich Beck* y Danilo Zolo***

HACIA UNA NUEVA MODERNIDAD***

Danilo Zolo (DZ): Considero que existe una profunda continuidad teórica entre tus libros anteriores –en particular *Risikogesellschaft e Gegengifte*– y tu último libro, *Was ist Globalisierung?*, que está por ser publicado en italiano por el editor romano Carocci.

Ulrich Beck (UB): Es cierto, en mi libro *Società del rischio*, que fue publicado en Alemania en 1986, había propuesto hacer una distinción entre la primera y la segunda modernidades. Había caracterizado a la primera modernidad en los términos siguientes: una sociedad estatal y nacional, una estructura colectiva, pleno empleo, una rápida modernización, una explotación de la “naturaleza no visible”. El modelo de la primera modernidad



* Profesor de la Ludwig-Maximilian's Universität, Munich, Alemania.

** Profesor de la Università di Firenze, Italia.

*** Traducción de José Luis Piñeyro, profesor-investigador del Departamento de Sociología, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco. No se tradujeron las palabras que aparecen en alemán e inglés en el texto en italiano. Tomado de <http://lgsxserver.uniba.it/lei/filpol/zolobeck.htm>, en la revista electrónica de la Universidad de Bari.

—que podríamos llamar también simple o industrial— tiene profundas raíces históricas. Se ha afirmado en la sociedad europea a través de varias revoluciones políticas e industriales a partir del siglo xvii. Actualmente, a fines del milenio, nos encontramos frente a lo que llamo “modernización de la modernización”, o “segunda modernidad”, o “modernidad reflexiva”. Es un proceso en el cual se cuestionan los supuestos fundamentales, las insuficiencias y las antinomías de la primera modernidad. Y todo aquello que está relacionado con los problemas cruciales de la política moderna. La modernidad de la Ilustración debe enfrentar el reto de varios procesos: la globalización, la individualización, el desempleo, el subempleo, la revolución de los géneros, y *last but not least*, los riesgos globales de la crisis ecológica y de la turbulencia de los mercados financieros. Creo que se están fortaleciendo un nuevo tipo de capitalismo y un nuevo estilo de vida, los cuales son muy diversos de las fases anteriores del desarrollo social. Es por estas razones que tenemos una urgente necesidad de nuevos cuadros de referencia tanto en el plano sociológico como en el político.

DZ: En las páginas donde analizas los dilemas y los riesgos de la globalización me parece que lo haces con mucha lucidez y vigor teórico. Este es el aspecto más estimulante de tu último libro, el cual en general es temáticamente muy rico y brillante y para nada apologético al confrontar la actual situación internacional y la de los potentados políticos y económicos que la dirigen. Al mismo tiempo te aventuras a sugerir una actitud sustancialmente optimista, aunque se trata, por así decirlo, de un “optimismo dramático”.

UB: No, no hablaría de optimismo... ¿Cómo se puede ser optimista de frente a la actual situación del mundo? Por otra parte, ¿cómo ser sólo pesimista? El mundo que tenemos de frente está lleno de paradojas que no dejan de dejarnos perplejos. Debemos liberarnos de algunas certezas antropológicas del pasado y, al mismo tiempo, intentar construir, en medio de una gran cantidad de contradicciones y fracturas, líneas de coherencia y continuidad. La esperanza y la desesperación no pueden no entrelazarse en nuestra experiencia. Veamos, por ejemplo, a Europa: un siglo vacío, en el cual hemos tenido dos sangrientas guerras mundiales, el Holocausto, el fascismo y el imperialismo comunista y, finalmente, al ocaso está dejando

el puesto a la perspectiva de una Europa democrática para construir en los próximos años. ¿No son estas suficientes razones para ser optimista y pesimista al mismo tiempo?

DZ: Sin embargo, la intención principal de tu libro, mediante una interpretación que tú llamas “dialéctica” es presentar la globalización como precursora de una nueva modernidad. La “sociedad del riesgo” –tanto en el nivel nacional como en el global– no conlleva, según tú, una despedida a la tradición ilustrada, todo lo opuesto de lo que quisieran las tendencias irracionales de lo “posmoderno”. Por el contrario, tú te esfuerzas en delinear una teoría social que, siguiendo a Weber, reencuentre en el presente el perfil de una nueva modernidad. Tal y como en el siglo XIX la modernización industrial disolvió y superó el sistema corporativo de la sociedad rural, así la modernidad global está destinada a superar, según tú, las actuales formas de la política “nacional-estatal” y de la economía capitalista tardía. ¿Es así?

UB: Sí, es verdad, pero al mismo tiempo cambian, como he dicho, los supuestos fundamentales, la antropología y el paradigma mismo de la modernidad. Sin duda, el término modernidad siempre ha significado también crisis en curso, discontinuidad e incertidumbre. Así, aquello que distingue a la “modernidad reflexiva” y la hace problemática es el hecho que debemos encontrar respuestas radicales a los retos y a los riesgos globales producidos por la misma modernidad. Los desafíos podrán ser superados si logramos producir una mejor tecnología, más y mejor desarrollo económico, más y mejor diferenciación funcional. Estas son las condiciones para derrotar la desocupación, la destrucción del medio ambiente, el egoísmo social y cosas así.

UN DIÁLOGO GLOBAL ENTRE LAS CULTURAS

DZ: Déjame hacerte una objeción: ¿qué cosa puede significar exactamente “nueva modernidad”, si como tú lo planteas nos refiere no sólo al mundo europeo y occidental sino a todas las culturas del mundo?, ¿no existe el riesgo de adoptar una perspectiva eurocéntrica, de terminar involuntariamente en formas de “imperialismo” antro-

pológico y cultural como lo hacen, según yo, los *Western globalists* como David Held y Richard Falk, y de alguna manera también Jürgen Habermas?, ¿las reflexiones de Samuel Huntington sobre el conflicto entre las civilizaciones no contienen, no obstante su evidente debilidad teórica y política, al menos una advertencia de cautela que debe tomarse en cuenta? O sea, que los valores occidentales, si bien valiosos, no son de hecho universales y no pueden ser “exportados” con la fuerza, la presión económica y la propaganda.

UB: Personalmente no comparto la imagen del mundo contemporáneo que Samuel Huntington ha descrito. Mi impresión es que cuando Huntington habla del choque entre civilizaciones en realidad tiene presente la experiencia de un hombre blanco y protestante amenazado por la rápida emergencia de una Unión Americana conformada ya en forma multicultural y cada vez más influida por tradiciones culturales de origen no europeo. Mi teoría de la “segunda modernidad” es un intento serio de superar cualquier tipo de “imperialismo occidental” y cualquier concepción unidireccional de la modernidad. Yo me propongo superar el prejuicio evolucionista que aflige a una gran parte de la ciencia social occidental. Y es un prejuicio que relega a las sociedades no occidentales contemporáneas a la categoría de lo “tradicional” o lo “premoderno”, es decir, antes que definir las desde su propio punto de vista las concibe en términos de oposición a la modernidad o de no modernidad. Muchos piensan incluso que el estudio de las sociedades occidentales premodernas puede ayudarnos a entender las características que presentan los países no occidentales en la actualidad. “Segunda modernidad”, por el contrario, significa que debemos colocar con firmeza al mundo no occidental en el ámbito de la “modernización de la modernización”, o sea, dentro de un pluralismo de la modernidad. En esta perspectiva existe espacio para conceptualizar la posibilidad de trayectorias divergentes de la modernidad.

DZ: Comparto el sentido de tu intento, si bien conservo cierta duda sobre la posibilidad de universalizar la categoría de “modernidad”. A propósito, ¿qué piensas de autores japoneses, malasios y chinos, como Shintaro Ishihara, Mahathir Mohammed, Son Quiang y Zhang Xiaobo, quienes rechazan los valores políticos y culturales de la modernidad occidental si bien aceptan el industrialismo y la econo-

mía de mercado? Este rechazo, como es bien conocido, tiene que ver en particular con la tradición liberal democrática y con la doctrina de los derechos humanos. Existe, entre ellos, quien reivindica frente al Occidente la universalidad de los “valores asiáticos”. Lee Kuan Yew, el célebre rey filósofo de Singapur, ha sostenido, por ejemplo, que la tradición confuciana, con su concepción paternalista del poder y su idea orgánica de la sociedad y de la familia, ofrece el cuadro ideológico más apto para contener los efectos “anárquicos” de la economía de mercado y para atenuar los impulsos disgregadores del individualismo y del liberalismo occidental.

UB: Se trata de un debate muy importante y estimulante. Primero que todo los occidentales debemos tomar en cuenta el hecho de que están en curso amplias discusiones –en Asia, en África, en China y en América del Sur–, las cuales tienen por objeto el tema de las “modernidades divergentes”. En mi libro *Was ist Globalisierung?*, he intentado contribuir a este diálogo global distinguiendo el “contextualismo universal o relativismo”, que es una actitud posmoderna, del “contextualismo conceptual”, que supera la alternativa rígida entre la afirmación de un [único] universalismo y la negación de cada universalismo posible. En esta perspectiva pueden convivir tanto el *tuyo* como el *mío*, o sea, una *pluralidad* de diversos universalismos. Sobre este punto debemos ser muy precisos. En la sociedad global del riesgo las sociedades no occidentales tienen en común con las sociedades occidentales no sólo el mismo tiempo y el mismo espacio sino también algunos de los retos fundamentales de la segunda modernidad, si bien percibidos dentro de ámbitos culturales diversos y según perspectivas divergentes. Estos aspectos de analogía entre situaciones diversas han sido ilustrados en un debate reciente llamado “Corea: una sociedad del riesgo” que ha sido publicado en la revista *Korea Journal* (1998, vol. 30, núm. 1). Los ensayos presentados en este volumen son un ejemplo óptimo de cómo la misma situación de riesgo, producida por una modernización muy rápida, puede dar vida a perspectivas culturales divergentes, y precisamente por esto resulta muy interesante tanto desde el punto de vista teórico como desde el político.

GLOBALISMO ECONÓMICO Y FUNDAMENTALISMO MERCANTIL

DZ: Aprecio tu insistencia sobre la necesidad de un “diálogo global” entre las culturas; sin embargo, este diálogo me parece lejano, con respecto a Occidente, no sólo de ser llevado a cabo sino también concebido. Regreso a un tema central de tu elaboración teórica. La sociedad del riesgo –has sostenido en *Risikogesellschaft*– es una sociedad que, a pesar de todo, tiene a su disposición nuevas posibilidades de transformación y de desarrollo racional de la condición humana: mayor igualdad, mayor libertad individual y capacidad de autoformación. La condición que entonces formulabas era la necesidad de que la prospectiva de una nueva “ecología política” lograra prevalecer sobre los esquemas de la lógica puramente económica de la producción, del consumo y de la ganancia. De la misma forma ahora sostienes que los riesgos que amenazan a la sociedad globalizada pueden movilizar –sobre todo en el mundo occidental– nuevas energías sociales y políticas. Te pregunto: ¿qué te induce a pensar que una política transnacional pueda lograr prevalecer sobre los esquemas del “globalismo económico”, que conlleve un sentido colectivo de responsabilidad que, para la mejor suerte del mundo, pueda contrarrestar la apatía y el desencanto político –recientemente se ha hablado del neohedonismo y del neocinismo de las nuevas generaciones– que hoy inundan a Occidente?

UB: Cuando escribí mi libro, o sea, hace un año y medio, la crítica del globalismo neoliberal parecía absolutamente “idealista”, en la vieja acepción alemana del término. Sin embargo, hoy día vivimos de hecho en un mundo donde todo está fuertemente acelerado y es difícilmente controlable. En este breve periodo de tiempo la atención pública mundial se ha concentrado en la cuestión de cómo controlar el mercado financiero global y sus riesgos globales. Se nos pregunta cómo debería o podría ser una globalización responsable y cómo puede constituirse en una realidad concreta. Naturalmente, el fundamentalismo mercantil supone que los mercados financieros son sistemas capaces de autorregularse y que tienden constantemente al equilibrio. George Soros usa en su último libro la noción de “reflexividad” (Giddens la usa y yo también) para proponer un punto de vista más realista. Soros sostiene que a causa del carácter reflexivo

de los medios de información los mercados financieros tienden a la inestabilidad. Éstos pueden ser caóticos y estar influenciados por los efectos *band wagon*, de comportamientos de masas irracionales y de fenómenos de pánico. Por estas razones los mercados financieros globales pertenecen a la categoría de la sociedad mundial del riesgo. La consecuencia principal de todo esto es que la era de la ideología del libre mercado es ahora una vaga reminiscencia. Está sucediendo exactamente lo contrario: la politización del mercado global. En Asia está sucediendo algo que se podría llamar un Chernobyl económico: el carácter “socialmente explosivo” del riesgo financiero está convirtiéndose en una realidad. Y ello da vida a una dinámica de transformación cultural y política que debilita las burocracias, cuestiona la hegemonía de la economía clásica, reta al neoliberalismo y rediseña las fronteras y las arenas de la política contemporánea. Se asoman nuevas opciones políticas: el proteccionismo nacional y regional, el recurso a mecanismos de regulación y a instituciones supranacionales y, en fin, la cuestión de la democratización de estas últimas.

DZ: Y, por lo tanto, según tú todo esto puede abrir nuevas perspectivas y hacer surgir fuerzas políticas transnacionales. Es una posibilidad, lo admito, si bien en este momento no me parece que surjan muchos indicios en este sentido. De todas maneras reconozco que en este libro te esfuerzas por analizar varios aspectos del proceso de globalización fuera de los esquemas tradicionales que contraponen los autores de la globalización como desarrollo coherente de la modernidad occidental a sus detractores. Estos últimos ven en la globalización esencialmente un factor de turbulencia y, al mismo tiempo, un imparable camino hacia la concentración del poder internacional, el aumento de la brecha entre países ricos y pobres y la disminución de las diversidades culturales. Te pregunto: ¿qué argumentos opones a quienes sostienen que los procesos de globalización tienden a una jerarquización posterior de las relaciones internacionales, donde existe un vértice del poder y de la riqueza conformado por un directorio de potencias industriales, en primer lugar los Estados Unidos, la Unión Europea y Japón?

UB: Existe una fuerte tendencia a poner el acento en la ecuación entre globalización y americanización, e incluso entre globalización y nuevo imperialismo, pero ésta no es toda la verdad. Hay pruebas

evidentes de que la globalización se convierte cada vez más en un fenómeno descentrado, no controlable y no controlado por un solo país o un grupo de países. En realidad las consecuencias de la globalización golpean o pueden golpear a los Estados Unidos así como a Francia, Italia, Alemania o los países asiáticos. Esto es verdad al menos con respecto a los riesgos financieros, los medios de comunicación y los desequilibrios ecológicos, por ejemplo, el calentamiento de la atmósfera. El Estado nacional se enfrenta a desafíos de igual modo tanto en América del Sur como en Asia, en Europa o en la América septentrional. Inclusive existen fenómenos de “colonización inversa”, por ejemplo que países no occidentales modelen formas de desarrollo en Occidente. Pensemos en la “latinización” de algunas grandes ciudades estadounidenses, el surgimiento en India y Malasia de un sector de alta tecnología sin raíces territoriales y orientado al mercado global, o bien la adquisición por parte de Portugal de una gran cantidad de productos musicales y de televisión de Brasil. Aunque, naturalmente, existen los vencedores y los perdedores en el juego de la globalización. Una minoría es cada vez más rica y una mayoría creciente es cada vez más pobre. La cuota de la riqueza global que corresponde al 5% más pobre de la población mundial ha pasado en los últimos diez años del 2.3% al 1.4%. En el mismo periodo la cuota acaparada por el 5% más rico de la población mundial ha crecido del 70% al 85%. Como recientemente ha escrito un autor inglés, más que hablar de una aldea global (*global village*) se debe hablar de un “saqueo global” (*global pillage*).

DZ: Por lo tanto, no te parece que la concentración del poder internacional tenga como consecuencia una creciente inclinación o tendencia de las grandes potencias a violar o cercar el derecho internacional. A propósito, cómo juzgas la tendencia de los Estados Unidos a convertirse en gendarme del mundo a través de un uso instrumental del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. ¿No te parece que es lo que recientemente ha sucedido en lo que se ha llamado la “tercera guerra” del Golfo Pérsico?, ¿no existe el riesgo de que esta tendencia aumente y, a los ojos de muchos, termine por justificar el terrorismo internacional?

UB: Sí, como he dicho vivimos en una sociedad mundial del riesgo. El mundo está volviéndose caótico. No me resulta difícil imaginar

la posibilidad de un gran número de desastres. “Segunda modernidad” no significa que cada cosa deba andar por el camino correcto. Esto sería una gran incompreensión desde mi punto de vista. A la vuelta de la esquina se encuentran nuevas amenazas que nadie está preparado para enfrentar. Yo mismo estoy trabajando desde hace unos años en un libro sobre el “ciudadano malo”: es el ciudadano que usa sus libertades para oponerse a las incertidumbres sociales con las que se enfrenta y en las cuales está inmerso, pero este enfoque no es suficiente. Sería intelectualmente muy fácil. Es mucho más difícil intentar reconstruir y desarrollar las nuevas opciones, los nuevos horizontes sociales y políticos que están emergiendo. En resumen, es muy fácil hoy ser unilateralmente pesimistas. Yo soy simultáneamente optimista y pesimista. Mi interés es descubrir aquello que es nuevo. Las ideas fundamentales de mi teoría de la sociedad del riesgo van más allá del optimismo y el pesimismo.

DZ: Estoy de acuerdo contigo, si bien con mi pregunta no intentaba solicitarte una declaración de optimismo sino un juicio específico sobre el proceso de jerarquización del poder internacional –según yo en curso– y sobre la función que en este cuadro desempeñan las instituciones internacionales y los Estados Unidos. Comparto contigo el rechazo al fatalismo.

¿HACIA UNA “McDONALDIZACIÓN” DE LA SOCIEDAD GLOBAL?

DZ: En tu último libro has escrito algunas páginas que encuentro muy interesantes para criticar el fatalismo de quien asegura la inevitable homologación cultural del planeta. Consideras que la tesis de George Ritzer sobre la “*McDonaldization of society*” es equivocada. Y es exagerado pensar que la globalización cultural es un rodillo compresor que produce la “occidentalización del mundo”. Esta tesis, como se sabe, la sostiene Serge Latouch. No obstante, otros sociólogos de la globalización –Mike Featherstone y Bryan Turner, por ejemplo– piensan que estamos en presencia de una “*creolización*” de las culturas indígenas. Se trata de una extensa contaminación de las culturas débiles por parte de los modelos de consumo y de los estilos de vida que los grandes medios de comunicación de masas –casi

siempre de Occidente— difunden en el mundo, en particular a través de la publicidad. Ellos sostienen que es un fenómeno de destrucción de la diversidad, de la complejidad y de la belleza del mundo.

UB: Para mí este es uno de los aspectos más fascinantes del debate sobre la globalización cultural, que implica en particular a escritores anglosajones —antropólogos y teóricos de la cultura— como Appadurai, Robertson, Featherstone, Lash, Urry, Aalborg, Eade y muchos otros más. Existe un nuevo significado de la dimensión local que surge en la era de la globalización. La misma literatura ofrece una contraprueba convincente y pintoresca del simplista estereotipo de la *McDonaldización* del mundo. Lo que es claro es que en este horizonte transnacional se forman, a menudo ilegalmente, las amalgamas sociales que amenazan seriamente las aspiraciones de los Estados nacionales para ejercer un control territorial y garantizar el orden. Los espacios de la vida privada y del trabajo que surgen de los mismos son “impuros”. Para analizar estos fenómenos la sociología debe de abandonar los esquemas de interpretación demasiado rígidos y admitir la posibilidad de coexistencia de formas de vida diversas.

DZ: Pero, ¿piensas en serio que existan culturas y civilizaciones capaces de resistir al imponente desvío que difunde en el mundo la ciencia, la tecnología, la burocracia, el industrialismo y el individualismo occidentales?, ¿qué puede reducir, no digo detener, el fenómeno de la migración masiva de los países pobres a los industrializados, con todas las consecuencias que conlleva en términos de desigualdad social, de explotación laboral y de destrucción de las identidades culturales?, ¿pueden los procesos de globalización favorecer —o por el contrario sofocar— los impulsos hacia la autonomía étnica o la independencia nacional? Pienso, por ejemplo, entre otros muchos, en los tamiles, los palestinos, los kurdos, los vascos y los corsos.

UB: Según yo existen dos modos de concebir y de conceptualizar la globalización, dos modos que deben mantenerse separados. Uno corresponde a la idea de una globalización simple y lineal; el otro corresponde al concepto de “globalización reflexiva”. La versión simple remite a la teoría que podemos definir como del “moderador social”: el moderador es la sociedad estatal y nacional, basadas en una identidad colectiva más o menos homogénea. La globalización

desde este punto de vista es cualquier cosa que se agrega o añade, que proviene del exterior y que por lo tanto nos amenaza e incluso nos agrede en nuestra identidad común. En la prospectiva de la concepción reflexiva de la globalización, la misma definición de sociedad y de comunidad cambia radicalmente. Vivir juntos tiene más el significado de residir en lugares geográficamente contiguos. Puede aun significar “vivir juntos” sobrepasando las fronteras estatales y también las continentales. Y esto es válido no sólo para los “actores globales” y para los *managers* del capitalismo global, sino también para el taxista hindú que trabaja en Londres o para los mexicanos que viven en Nueva York y que deciden, más allá de la frontera, sobre cuestiones comunes que deben realizarse en las ciudades mexicanas. Estos son algunos ejemplos, pero la literatura es vastísima. Esto nos lleva a pensar que la localización territorial no es más, como sí lo era en tiempos del Estado nacional, un imperativo para la vida social y para el desarrollo de una comunidad. Cabe agregar que las relaciones y los lazos sociales y políticos de naturaleza no territorial que se desarrollan en la sociedad cosmopolita no han sido aún descubiertos, afianzados y estimulados. En suma, yo respondo a tu pregunta diciendo: sí considero que el desarrollo de la modernidad no es lineal y que puede destrozarse en cualquier momento por razones endógenas. La “jaula de hierro” de la modernidad de la cual hablaba Weber se está abriendo, estimulada por una pluralidad de modernizaciones divergentes.

DZ: En tu libro consideras que la globalización es una realidad irreversible –a nivel económico, ecológico, técnico-comunicativo, civil, de la organización del trabajo, etc.–; que ningún proteccionismo viejo o nuevo puede detenerla o condicionarla: ni el proteccionismo “negro” de los nacionalistas, ya obsoleto; ni el proteccionismo “verde” de los ecologistas radicales que hoy redescubren el Estado nacional como un “biotipo” en extinción y tratan de protegerlo; ni, en fin, el proteccionismo “rojo” que relanza de forma anacrónica a nivel mundial la familiar consigna de la lucha de clases.

UB: Sí, así es. Existe un “reflejo proteccionista” presente en todos los países y que es sostenido por todos los partidos políticos. Naturalmente, se pueden entender las razones. Ninguno está preparado para las grandes transformaciones en curso. Todos esperan que la

globalización destruya los presupuestos con base en los cuales los propios vecinos han construido su casa y organizado su vida. Sucede así que la globalización produce cualquier clase de cosas que podrían llamarse “efecto caracol”, pero retirarse a su madriguera no será muy útil. Rechazar tomar en cuenta aquello que está sucediendo más allá de la puerta de la casa y no aceptar exponerse al riesgo de lo nuevo no puede ser un modo eficaz de prepararse para el futuro.

LA FUNCIÓN DE LOS ESTADOS NACIONALES

DZ: Pero, ¿no piensas que hay aspectos de la globalización que los países de la “periferia” del mundo deben intentar de resistir, si bien con medios políticos, para enfrentar a la fuerza homogeneizadora del mercado y de sus correlatos ideológicos?, ¿pueden ser las ideas de nación y de Estado nacional verdaderamente consideradas como sobrantes oscurantistas del pasado?, ¿es verdad quizás que toda la tradición de la democracia representativa, del *rule of law* y de la misma doctrina de los derechos del hombre es indisoluble de la sucesión histórica del Estado nacional soberano?

UB: Sin duda, el Estado nacional se está transformando, pero no se puede decir que se esté encaminado a la extinción. Incluso puede reforzarse, como lo he sostenido en mi libro, transformándose en un Estado corporativo, un Estado transnacional o cosmopolita. Sin embargo, no será más un Estado nacional en el viejo sentido. Para llevar a cabo su “interés nacional”, el Estado de la segunda modernidad debe activarse simultáneamente a diversos niveles locales y transnacionales y dentro de instituciones muy lejanas de sus fronteras. Por ejemplo, un Estado puede incluso usar a Europa como pretexto para no tomar decisiones locales o para realizar a nivel europeo decisiones para las cuales el gobierno nacional no dispone de apoyo de la mayoría interna. Actores globales como las empresas multinacionales disponen de un gran poder en el ámbito de los problemas de un Estado nacional debido a que pueden aumentar o reducir la oferta de puestos de trabajo. No obstante, un nuevo proteccionismo regional podría ser eficaz. En mi libro he propuesto un experimento mental: intentemos imaginar un mundo en el cual los costos de la información y del transporte fuera de las fronteras nacionales aumen-

ten de manera significativa. Las economías regionales y los mercados regionales –por ejemplo, la Unión Europea– tendrían sin duda ventajas.

DZ: Estoy de acuerdo contigo. Sólo agregaría que el énfasis globalista subestima el hecho de que el Estado nacional parece destinado no solamente a conservar por mucho tiempo muchas de sus funciones tradicionales, sino también a asumir funciones nuevas que no podrán ser absorbidas por estructuras de carácter regional o global. Únicamente un Estado nacional democrático parece poder garantizar una buena relación entre expansión geopolítica y lealtad de los ciudadanos, y sólo por ello desempeña, considero yo, una función no fácilmente reemplazable de frente a los excesos de las reivindicaciones étnicas. Quizás no debemos olvidar, como lo ha subrayado Paul Hirst, que las personas tienen mucho menos movilidad que el dinero, las mercancías y las ideas, para no hablar de los contenidos de la comunicación electrónica: las personas son mucho más “nacionalizadas” y será por lo tanto a su referente nacional y territorial al que se deberá hacer un llamado también en el futuro para darle legitimidad a las instituciones supranacionales.

UB: Con respecto a este punto se ha desarrollado la controversia más importante en el ámbito de la teoría política contemporánea: ¿es posible una democracia más allá del ámbito del Estado nacional?, o bien, ¿es el Estado nacional considerado como el único ámbito institucional dentro del cual puede realizarse el Estado de derecho y, por lo tanto, la tutela de los derechos del hombre?, ¿puede haber una legitimación democrática obtenida a través de procedimientos transnacionales? Considero que al menos con respecto al ámbito europeo esta discusión tiene un valor puramente teórico. Es una ilusión pura la posibilidad de que se pueda echar para atrás el reloj de la historia y regresar en Europa a los tiempos de la democracia nacional. No habrá democracia en Europa si no se trata de una democracia reforzada en el plano transnacional. La democracia ha sido inventada desde hace más de mil años a nivel local. Por lo tanto, en el curso de la primera modernidad ha asumido una dimensión nacional. Ahora, en el futuro próximo, la democracia debe ser reinventada a nivel transnacional. Este es el sentido del proyecto democrático para Europa.

DZ: De acuerdo, pero el problema es sobre todo fuera de Europa, donde la dimensión transnacional es muy problemática. Escribes en tu libro que ya vivimos en una sociedad mundial donde cualquier representación de “espacios cerrados” no puede ser más que ficticia. El mismo Estado es ahora pensable sólo como un “Estado transnacional”, cuya sociedad civil está atravesada por una multitud de agencias e instituciones transnacionales como las grandes empresas económicas, los mercados financieros, las tecnologías de la información y de la comunicación, la industria cultural y así por el estilo. Para decirlo en pocas palabras, piensas que la especificidad de la globalización está en la extensión, en la densidad y en la estabilidad de la red de interdependencia entre lo global y lo local (la llamada “*glocalización*”), de la cual la humanidad entera está tomando conciencia a través de la comunicación masiva. Afirmas que la globalidad es ahora el horizonte de conocimiento al cual ninguno se puede sustraer, pero pienso que quizá se te podría objetar que existen continentes enteros –por ejemplo, África– y nuevas franjas de los nuevos pobres y de los nuevos analfabetas, incluso al interior de los países más ricos, que permanecen excluidos del horizonte cognitivo de la globalidad y del uso de los medios electrónicos que difunden la conciencia reflexiva.

UB: Te respondo contando una anécdota. Hace algunos años una antropóloga especialista en el estudio de la Camboya rural llegó a una pequeña aldea camboyana donde pretendía desarrollar una investigación de campo. En la noche es invitada a una casa particular para pasar un rato de entretenimiento. La antropóloga esperaba descubrir algo sobre los pasatiempos tradicionales ocultos en aquella alejada aldea asiática. Por el contrario, la noche estuvo dedicada a la transmisión por televisión de la película *Basic Instincts*. En aquel momento el *film* no había sido proyectado aún en los cines de Londres. Por lo tanto, la globalización en este sentido no puede de ningún modo ser detenida. Los antropólogos no hacen más que repetir la sustancia de esta anécdota: las culturas locales en el mundo no pueden estudiarse y entenderse sin tener en cuenta los “flujos globales”, como lo ha sostenido, entre otros, Appadurai. Por supuesto que lo anterior no excluye, sin duda alguna, el hecho de que las desigualdades sociales estén aumentando.

¿HACIA UN CAPITALISMO SIN TRABAJO Y SIN VÍNCULOS FISCALES?

DZ: Zygmunt Bauman ha hablado de una nueva estratificación de la población mundial en ricos globalizados y pobres localizados. Tú mismo señalas que los países de la Unión Europea en los últimos veinte años se han enriquecido en una proporción que oscila entre el 50 y el 60 por ciento. No obstante, en Europa hoy tenemos 20 millones de desocupados, 50 millones de pobres y cinco millones sin vivienda. ¿No son estos hechos una indicación de las nuevas y más profundas diferencias de poder y de riqueza entre los habitantes del planeta?, ¿no podríamos estar ante el inicio de la “brasilización” del mundo?

UB: Apenas he terminado de escribir un libro –*Die schone neue Arbeitswelt (El nuevo mundo del trabajo)*– en el cual refuto la tesis de la “brasilización” de Occidente. De hecho, invirtiendo el juicio de Marx se podría sostener que muchas áreas del “Tercer Mundo” le muestran a Europa la imagen de su futuro. Por un lado, y este es el aspecto positivo, se podrían señalar elementos como el desarrollo de sociedades multirreligiosas, multiétnicas y multiculturales, estilos de vida interculturales y una multiplicación de las soberanías. Por otro lado, y este es el aspecto negativo, debemos señalar el crecimiento de las áreas de informalidad, la flexibilidad del trabajo, la desregulación de amplios sectores de la economía y de las relaciones del trabajo, el aumento de la desocupación y de la subocupación (trabajo *part time*, trabajos por obra y a destajo, trabajadores domésticos y otros tipos que no resulta fácil designar con las categorías tradicionales). A todo lo anterior es necesario agregar, como bien lo has dicho, la radicalización de las desigualdades y una alta tasa de violencia y de criminalidad.

DZ: El “globalismo” es en tu léxico teórico una cosa muy diversa de la globalización. Es la ideología ultralibertaria; hablas sin más de una “metafísica del mercado global”, que busca esconder los riesgos que en particular los procesos de globalización económica financiera conllevan. El peligro de largo plazo, consideras, proviene de los sectores más fuertes de la economía globalizada: de la capacidad de las grandes empresas industriales y financieras de sustraerse de

los vínculos de solidaridad nacional, en particular del sistema fiscal. La estructura de las grandes corporaciones es tal que pueden escoger y cambiar velozmente las sedes geográficas o funcionales de los factores de la producción, obteniendo grandes ventajas y sustrayéndose de las reglas impuestas por los órganos estatales. ¿Según tú, cuáles contramedidas son posibles, más allá de las ideas del “gobierno mundial” y del “Estado mundial”, las cuales, me parece, aun tú las consideras irrealizables?

UB: No debemos engañarnos: un capitalismo concentrado exclusivamente en la propiedad, que diese la espalda a los trabajadores, al *Welfare State* y a la democracia terminaría por autodestruirse. Por ello, no es sólo un riesgo que millones de personas permanezcan sin empleo, y no es sólo un riesgo la ausencia eventual del *Welfare State*. ¡La libertad política y la democracia están en riesgo! Debemos preguntarnos: ¿cuál es la contribución que la economía global y las corporaciones multinacionales ofrecen para sostener a la democracia en los niveles nacional y cosmopolita? Debemos buscar que la economía se haga responsable del futuro de la democracia reforzando, por ejemplo, la política transnacional en Europa, pero debemos también intentar reforzar a las organizaciones transnacionales de los consumidores y, en general, a la llamada sociedad civil global.

DZ: El desarrollo de las tecnologías electrónicas —automatización, informática, telemática— aumenta la productividad de las empresas multinacionales, que tienden a olvidarse cada vez más de la fuerza de trabajo que no es altamente calificada. Está fortaleciéndose un capitalismo global que es capaz de sustraerse, en gran parte, de los costos del trabajo, y en cierta perspectiva del trabajo mismo. Es esta la tenaza que aún está moliendo en los países industriales a las nuevas generaciones, cada vez más golpeadas por la desocupación. Más aún, en general están amenazados todos aquellos que no pertenecen a la exigua minoría que está en posibilidad de desarrollar mansiones tecnológicamente sofisticadas. La mayoría de los ciudadanos que encuentran trabajo son constreñidos por la lógica de la “flexibilidad” a aceptar empleos precarios y mal retribuidos, que a menudo no son suficientes por sí mismos para garantizar una subsistencia digna.

UB: Esto es absolutamente cierto. Debemos reconocer que inclusive en los así llamados países de pleno empleo, como los Estados Unidos e Inglaterra, entre un tercio y la mitad de los trabajadores empleados son “trabajadores flexibles”, de acuerdo con los muy ambiguos significados del término. Sucede algo similar a aquello que ha acontecido a propósito del llamado “modelo familiar normal”. Aquello que en un tiempo era típico está convirtiéndose en un fenómeno minoritario. Y es por eso que debemos repensar y reformar el *Welfare State* a partir de esta mutación morfológica del trabajo y de la vida privada.

DZ: Pero, ¿es posible en realidad reformar el *Welfare State*?, ¿estamos a tiempo para reformarlo? En tu libro subrayas el hecho de que mientras crecen las ganancias de las grandes empresas están disminuyendo en los países occidentales los recursos financieros destinados a las pensiones, a los servicios sociales y a la asistencia para los ancianos. Disminuyen debido a que las grandes empresas son capaces de sustraerse no sólo de los costos del trabajo sino también de los costos de los impuestos. Naturalmente, esta circunstancia provoca una crisis de los balances estatales que cada vez cuentan con menos ingresos fiscales ligados a las actividades productivas. Por lo tanto, no es sólo el trabajo el que falta, también faltan los recursos públicos. ¿No existe el riesgo de que cada forma de *Welfare State* esté destinada a la extinción y de que los defensores de los derechos sociales en los países occidentales estén luchando por una causa perdida?

UB: No, no lo pienso así. En Europa hoy tenemos de modo inesperado una gran mayoría de gobiernos orientados a la izquierda, incluso en Italia, Alemania, Gran Bretaña y Francia. El debate respecto de la “tercera vía” tiene que ver sustancialmente con la reforma del *Welfare State* en la era de la globalización. Anthony Giddens traza en su libro las líneas de una sociedad de *welfare* positivo y de estrategias de inversión. Este es el inicio de la discusión sobre las estructuras de una Europa social y democrática que continuará seguramente en los próximos años.

DZ: Tú sostienes, al igual que Giddens y los socialdemócratas europeos, que existen respuestas políticas capaces de neutralizar los riesgos más graves de la globalización económica y de relanzar el proyecto

de una nueva modernidad. Este es el aspecto más sugerente de tu libro, pero quizás el más problemático. Enfatizas las posibilidades correctivas de una serie de intervenciones que imponen reglas políticas y lógicas cooperativas a las fuerzas anárquicas de los mercados globales. Entre estas intervenciones señalas el incremento de la cooperación internacional; el fortalecimiento de una concepción “incluyente” de la soberanía de los Estados; el recurso a mecanismos de participación de los trabajadores en las ganancias de las empresas; *políticas* de gran empeño en el ámbito de la formación y la capacitación, y el sostenimiento de las actividades profesionales autónomas en los sectores de las nuevas tecnologías, de las culturas experimentales, de los mercados de nicho y de las empresas públicas.

UB: Sí, así es, pero estoy consciente de las resistencias políticas y de las críticas de parte de los ambientes intelectuales. El *Zeitgeist* posmoderno induce a creer fuertemente en el fin de la política y de la racionalidad social. Por el contrario, entreveo el surgimiento de una gran estación política aunque, admito, en el cuadro de una “modernidad reflexiva” la autodefinition subjetiva de una situación se identifica con la situación misma. Esta es una de las razones que me llevan a ser completamente contrario al pensamiento posmoderno: podría convertirse en una profecía. Y sería una profecía muy aburrida y peligrosa.

DZ: Hagamos de lado el pesimismo intelectual de los posmodernos y supongamos que tu profecía política es capaz de autoadaptarse virtuosamente. Queda el problema de los nuevos espacios y de los nuevos sujetos de una política transnacional. Tus indicaciones van en el sentido de una recuperación de la política a nivel global, a pesar de que la política de los Estados nacionales parece cada vez menos eficaz y cada vez más lejana del modelo representativo. Así, ¿cuáles son según tú las arenas transnacionales donde se puedan realizar los objetivos que indicas?, ¿dónde están las fuerzas políticas interesadas en este tipo de intervenciones correctivas?, ¿o piensas en una revolución de los estilos de vida de los ciudadanos occidentales que los aleje de los valores del mercado y los haga inmunes a su potente ideología consumista?

UB: Es verdad, tienes razón, son necesarios nuevos sujetos políticos: los partidos cosmopolitas capaces de actuar en términos de la re-

presentación transnacional de los intereses, pero que lo hagan dentro de las arenas políticas de los Estados nacionales. Es por ello que estos sujetos sólo pueden reafirmarse en el plano programático y organizativo en formas plurales, esto es, como movimientos nacionales y globales al mismo tiempo, como partidos locales en representación de “ciudadanos globales”. Los partidos cosmopolitas deberían entrar en competencia con los partidos nacionales, competencias políticas (aparentemente) nacionales. Esos serían los primeros actores capaces de experimentar en el plano político las estrategias desde hace tiempo adoptadas por las corporaciones industriales para así liberarse de la jaula territorial del Estado nacional. Y deberían estar activos en varios niveles y poner los intereses de los Estados nacionales en competencia entre ellos. Sin embargo, ¿se puede preguntar dónde están los electores dispuestos a dejarse representar por este tipo de partidos cosmopolitas? Según yo en las grandes ciudades o metrópolis, en las “ciudades globales” donde pueden surgir una comprensión global de la política y una correspondiente concepción posnacional del Estado, de la justicia, del arte, de la ciencia y de las relaciones sociales. No quiero decir con esto que sea suficiente estar relacionados con la red de Internet para convertirnos en ciudadanos globales.

¿CUÁL ORDEN MUNDIAL?

DZ: Queda todavía abierta la cuestión de las formas y las instituciones de la política transnacional, un tema que en tu libro no enfrentas de modo explícito, con excepción por supuesto del proceso de integración europea como un importante punto de referencia práctico y teórico. No obstante, los fenómenos de integración regional en curso en algunas de las áreas más ricas del planeta parecen difícilmente exportables a nivel global. Por el contrario, pueden ser vistos como un reforzamiento de la lógica particular de la soberanía estatal más que como un paso adelante hacia la meta de una *governance* democrática en el mundo. ¿Es la formación de un “super Estado europeo”, y por tanto de una entidad política-económica-militar dotada de poderes excepcionalmente grandes, una perspectiva tranquilizadora para los fines de una disminución de los riesgos de la globalización económica?

UB: No creo en un super Estado europeo. Este sería un modelo de modernización de carácter lineal más que reflexivo. Europa es un El Dorado de diferencias y personalmente creo que debería permanecer como tal en la era de la globalización, pero al mismo tiempo Europa es un laboratorio donde experimentar con una sociedad y una política cosmopolitas. La adopción de una moneda única nos impulsa en esta dirección. Cuanto más éxito tenga el Euro más urgentemente Europa tendrá necesidad de un alma democrática. Una vez consumada la unión monetaria Europa debe robustecerse gracias a nuevas ideas políticas y a debates, instituciones y asociaciones civiles que superen las fronteras de los Estados miembros. Sólo una Europa intelectualmente vital podrá reelaborar la vieja idea europea de democracia para la nueva era global.

DZ: Para concluir permíteme hacerte una pregunta sobre las funciones que según tú puede desempeñar derecho internacional para contener los estímulos evasivos de la globalización económica y para garantizar un nuevo orden mundial. En tu libro citas *Zum ewigen Frieden* de Kant, y a veces parece que simpatizas con el ideal de un “derecho cosmopolita” y de un “pacifismo jurídico”. Te pregunto: ¿consideras, al igual que Kelsen y sus epígonos, que las instituciones internacionales son el instrumento principal para garantizar el orden mundial y en particular una paz estable y universal? En otras palabras, ¿compartes las tesis kelsenianas de *Peace through Law*?

UB: Las comparto sin duda. En el alba de la segunda modernidad debemos preguntarnos: ¿existen en el plano intelectual los padres fundadores de la sociedad global cosmopolita? Para mí, entre otros, son de gran actualidad Kant y Kelsen, pero también lo son, por ejemplo, Hannah Arendt y Montaigne.

DZ: ¿Para ti cuál será el destino de la Organización de las Naciones Unidas?, ¿la favorece la globalización, o requiere de un reforzamiento, o está destinada a ser superada?, ¿tiene o no capacidad no sólo para garantizar la paz entre los Estados, sino para enfrentar el crecimiento de la producción de armas de guerra y para vencer el desafío de las grandes organizaciones criminales –comercio de armas, de drogas y de migrantes– que ya han asumido dimensiones globales?

UB: La democracia transnacional deberá tener en consideración que algunos cambios son fundamentales para combatir a la organización transnacional del crimen y de la violencia. Las distinciones clásicas entre “guerra” y “paz”; “interno” y “externo”; “sociedad civil” y “barbarie” –distinciones asociadas a la autonomía del Estado nacional– están ya superadas. Al mismo tiempo es posible identificar nuevas tendencias civiles que podrían proporcionar las bases para una paz estable. Las Naciones Unidas deben, sin duda, ser reforzadas, pero los fenómenos del crimen y de la violencia requieren también de la respuesta de una estructura de cooperación de tipo estatal.

DZ: Recientemente se ha hablado de una expansión global del *judicial power*; ¿qué piensas sobre el particular y a propósito de los nuevos tribunales penales internacionales, aquellos que ya entraron en funciones para Yugoslavia y Ruanda, y sobre el tribunal permanente y universal cuyo estatuto fue aprobado en Roma el pasado junio?, ¿consideras que puedan ofrecer una contribución significativa para el mantenimiento de la paz y la tutela de los derechos del hombre?, ¿también piensas, como Jürgen Habermas, que el objetivo último deba ser una jurisdicción penal universal que tenga a su servicio una fuerza de policía supranacional?

UB: Naturalmente, a largo plazo una corte penal internacional sería una conquista a favor de un orden cosmopolita. ¿Es un proyecto irrealizable? Pienso que no. Es un proyecto tan irreal como lo que fue la demanda de democracia hace 150 años en la iglesia de San Pablo en Frankfurt durante la revolución alemana. Yo espero que en este caso el proyecto se haga realidad más deprisa.

